SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 31 DE OCTUBRE DE 2004
Turismo 12

OTRAS LUNAS SANJUANINAS

En San Juan, un viaje al Valle de Calingasta. En la reserva El Leoncito, aventuras en el extraño paisaje lunar del Barreal y una visita al famoso complejo astronómico.



La ciudad asciende hacia los barrios altos donde reina la esencia de la melancolía lisboeta.

PORTUGAL *Los barrios altos de la capital*

Saudade de fado en Lisboa

Un recorrido por los barrios altos de Lisboa, Estrela y Bairro Alto. En sus callejuelas, el fado siembra sus notas nostálgicas por las noches. Y de día, se camina entre un Portugal de otras épocas, de leyendas y grandezas, y de poetas y escritores como Fernando Pessoa y José Saramago.

POR GRACIELA CUTULI

Lo de arriba se conoce mejor desde abajo. Más que en cualquier otro lugar, esto es válido en Lisboa: para disfrutar mejor de un paseo por los barrios altos, conviene empezar desde abajo, desde ese punto en el corazón de la ciudad donde el Tajo está casi al nivel de las plazas, y donde las perspectivas fueron hechas para verse desde el agua. Se trata de la Baixa, la parte baja de la ciudad. La más monumental, construida a nuevo por el marqués de Pombal a partir de 1755, sobre las ruinas que dejó el mayor terremoto de la historia portuguesa.

En la Baixa está la plaza de Figueira, destinada en su origen a ser plaza del mercado, pero cuyo monumentalismo la reservó para fines más nobles, como un pulmón de luz y aire en medio de los elegantes edificios del trazado pombalino de esta parte de la ciudad. También se encuentra la plaza del Rossio, donde se concentra la vida lisboeta las tardes de verano y de primavera, con una multitud de cafés con terrazas, pastelerías y teatros. Lo mismo que la Plaza de los Restauradores, una bulliciosa concurrencia de líneas de ómnibus, tranvías y calles, enmarcadas por negocios, cafés y más negocios, que le dan el ritmo más frenético de toda Lisboa. Y también está la hermosa y famosa Plaza del Comercio. Ocupa el espacio del palacio real, destruido por el terremoto de 1755, y es la base de todo el trazado nuevo de la ciudad baja. Sus monumentales fachadas de edificios clásicos con recovas elegantes forman un conjunto arquitectónico admirable. Lo único que se puede lamentar es la pérdida de los 70.000 volúmenes de la biblioteca del castillo, en lo que fue una de las partes de esta plaza, que desaparecieron durante el terremoto.

La Baixa es la parte elegante y monumental de la ciudad, construida por la nobleza portuguesa del siglo XVIII a medida de su brillo y esplendor. En aquellas épocas, Portugal reinaba sobre medio mundo y su capital era el reflejo de su potencia y proyección sobre el nuevo mundo. Desde Brasil hasta Timor, desde Japón hasta Mozambique, Portugal era el país de los descubridores, aquellos marineros atrevidos que ensancharon el mundo, décadas antes del viaje de Colón. La Baixa es hoy también la vidriera elegante de un Portugal pujante y europeo, nación joven que se volcó con resolución hacia la Europa a quien siempre había dado la espalda para mirar el mar. Para conocer el Portugal de este tiempo intermedio, el Portugal del fado, de la saudade, de los imperios decaídos, de las pequeñas gentes que sobrevivieron durante décadas en uno de los países más pobres de Europa occidental, hay que subir hasta los barrios altos.

EL ELEVADOR EIFFEL El viaje empieza en lo que es quizá el monumento menos esperado de la ciudad, un elevador tan monumental que podría ser la Torre Eiffel de los ascensores. De hecho fue construido por un alumno de Gustave Eiffel, el ingeniero francés Raoul Nesnier du Ponsard. Se trata del Elevador de Santa Justa, o Elevador do Carmo, como lo llaman los lisboetas. Este elevador es una torre de hierro elegantemente adornada con filigranas de hierro forjado. En el interior, un par de cabinas suben y bajan los 32 metros de desnivel entre la Baixa y la calle del Largo do Carmo, donde desemboca la pasarela que une la torre con el Bairro Alto. Aunque también se puede llegar a los barrios altos caminando o en auto por las empinadas calles, sólo desde las plataformas del elevador se pueden tener los panoramas más impactantes sobre Lisboa y el Tajo. Pero de ningún otro modo se puede tener tan impactantes panoramas sobre Lisboa y el Tajo como desde las plataformas del elevador. En la parte superior hay un café que permite combinar los placeres de la vista con los del paladar. Cómodamente

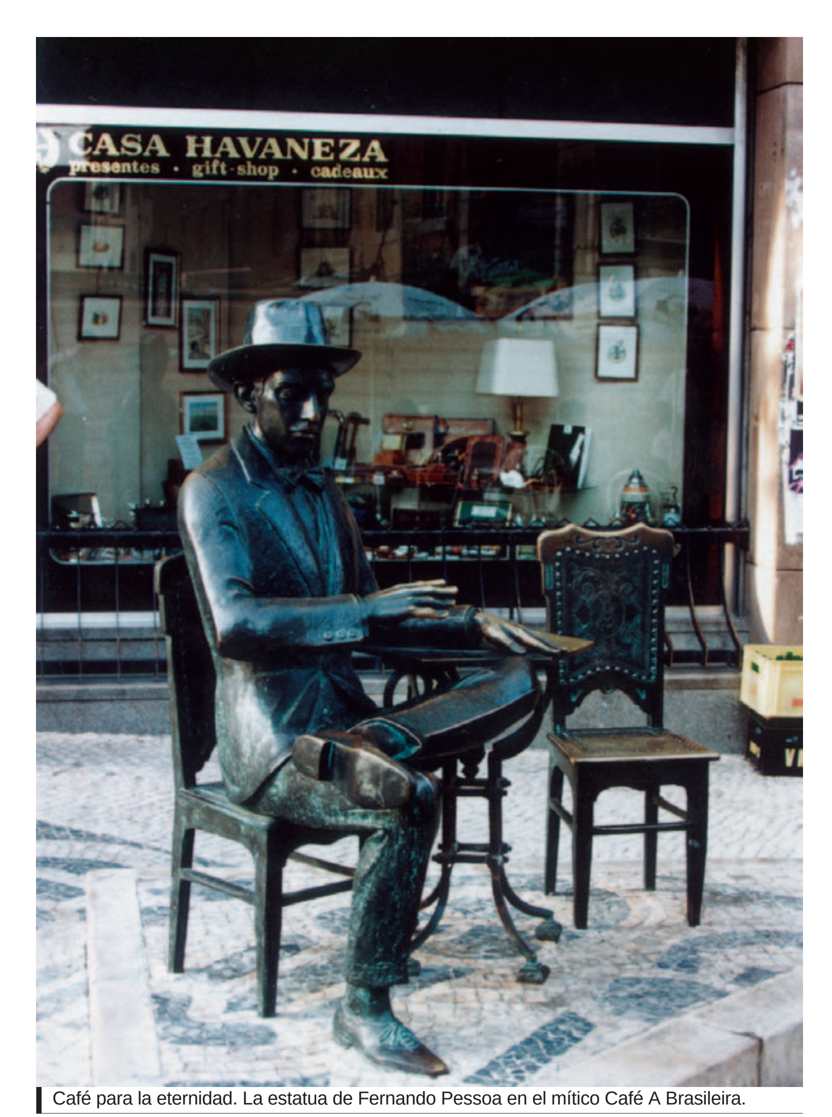


■ En la Oficina de Turismo de Lisboa se ofrece información sobre la Lisboa Card, una tarjeta turística que facilita pases de transporte y atracciones turísticas en la ciudad. Rua do Arsenal 15, 1100-038 Lisboa.
Tel. ++(351) 21 031 27 00
En el aeropuerto de Lisboa, la oficina de atención turística funciona diariamente hasta las 12 de la noche.

■ En Internet:
www.turismolisboa.pt



El elevador da Gloria, un funicular que sale de las afueras de la Plaza de los Restauradores.



Café para la eternidad. La estatua de Fernando Pessoa en el mítico Café A Brasileira.



Una melancólica lluvia cae sobre las callejuelas del Bairro Alto.

instalado en cada mesa, es posible divisar todo el Lisboa pombalino a los pies, pero también hay vistas hermosas del río y del castillo Sao Jorge, sobre la colina de Alfama, que se encuentra del otro lado de la Baixa. Al atardecer, se ven una a una las luces de la ciudad cuando empiezan a encenderse como un tapiz de colores. Los ruidos que suben se hacen más apacibles, mientras en los bares y las salas del Bairro Alto empiezan a resonar los acordes tristes del fado. La pasarela del elevador deja al caminante al pie de la Igreja do Carmo, una iglesia en ruinas, un imponente esqueleto de piedras y arcos de lo que fue la iglesia más grande del Lisboa antes el terremoto. El edificio no fue reconstruido, como para recordar el terrible día del 1º de noviembre de 1755, cuando luego de las 9 de la mañana la tierra tembló y el techo de la iglesia se derrumbó sobre los fieles que asistían a la misa. Sin embargo, en una parte del edificio se armó un museo arqueológico. Su visita es muy interesante. Entre objetos de culto y religiosos de la época del terremoto, hay también vestigios romanos y visigodos, así como momias de culturas latinoamericanas y piezas arqueológicas aztecas.



La calle Garrett baja hasta el barrio de Baixa.

UN ENCUENTRO CON EL FADO En el Bairro Alto, hay que perderse entre las callejuelas hacia el atardecer, cuando la luz parece traducir la melancolía lisboeta. Las salas de los bares empiezan a iluminarse. Los carteles anuncian recitales y conciertos de fado por la noche. Las Mariza, Missia o Dulce Pontes de mañana ya están cantando delante de un puñado de habitués y turistas curiosos en estas minúsculas salas. Las herederas de Amalia Rodrigues y los discípulos de Pedro de Homem de Mello dieron estos últimos años un nuevo vigor a un género que había conocido un brusco descenso luego de la Revolución de los Claveles. Ahora, con el éxito a nivel europeo de las nuevas cantantes de fado, el Bairro Alto está asistiendo a la instalación de casas de fado para turistas. Un fenómeno parecido a lo que pasa con el renacimiento del tango en Buenos Aires.

Una de las calles principales del Bairro Alto es el Largo do Chiado. Es la calle de los intelectuales, el eje en torno del cual se reunió durante mucho tiempo la Lisboa letrada y culta. Esta calle de dimensión modesta, contrariamente a su nombre pomposo de "largo", es animada por el recuerdo de grandes nombres de las artes y las letras portuguesas. Algunas estatuas recuerdan a los principales: sin duda la más fotografiada es la del poeta Fernando Pessoa, que está tomando para la eternidad un café en la terraza del mítico Café A Brasileira. Este bar, fundado en los años 20, era el centro de toda la movida intelectual de aquellos años. Su fachada toma préstamos al Art Nouveau, y es una de las más hermosas de todo el eje formado por el Largo do Chiado y la calle Garrett. Es también una parada obligada para cualquier visita a Lisboa, como el Café Gijón en Madrid, el Procope en París o el Tortoni en Buenos Aires. Los cafés del Brasileira tienen ese gusto especial que sólo la historia puede dar en el borde de las tazas.

La avenida del Chiado, muy corta, se prolonga en la calle Garrett, que rinde homenaje a otro poeta lisboeta, Joao Almeida Garrett (del siglo XIX). Esta calle baja hasta el barrio de Baixa y es el lugar más recomendable para buscar libros, por la gran cantidad de librerías que se instalaron en sus veredas. Parte de la calle lleva todavía las marcas del terrible incendio que arrasó parte del Chiado en 1988.

La historia de Lisboa y de Portugal se sigue visitando en la colina opuesta, la Alfama, donde se levanta el castillo real, y a orillas del Tajo, con la emblemática Torre de Belém. Pero en ninguna otra parte como en el Bairro Alto, Lisboa tiene esa alma tan peculiar. En ninguna otra parte de la ciudad se puede adivinar con tanta claridad la saudade. Las fachadas decrépitas parecen haber sido filmadas todas en la película *Sostiene Pereira*, el periodista de ficción que fue una sombra más de ese panteón de recuerdos y sentimientos que corren por el Bairro Alto. Antes de bajar a la ciudad "moderna" y su ritmo trepidante, vale la pena tomarse el tiempo de tomar un último café con Pessoa, en la terraza del A Brasileira. Para ver pasar la vida, para escuchar cantar el fado, para poder tocar con el alma la saudade lisboeta ✹



Picos nevados y rocas talladas por los vientos en los impactantes paisajes cordilleranos del sudoeste sanjuanino.



El complejo astronómico de la Reserva El Leoncito, a 2552 metros sobre el nivel del mar y bajo un cielo absolutamente diáfano.



La planicie del Barreal resquebrajada en forma de pentágono como una gigantesca telaraña.

SAN JUAN *Barreal y el complejo astronómico*

Estrellas del Valle de Calingasta

POR JULIAN VARSAVSKY

Custodiado por el Aconcagua y el Cerro Mercedario, el Valle de Calingasta encierra sorprendentes lugares como Barreal, una extraña, extensa y reseca planicie de la Reserva El Leoncito, cuya imagen evoca un paisaje lunar. Y si de lunas se trata, también hay que visitar allí el famoso complejo astronómico para espiar desde sus potentes telescopios el universo y sus estrellas.

En el vértice sudoeste del mapa de San Juan existe un gran valle surcado por ríos y acequias, y rodeado por picos nevados que encierran algunos de los paisajes más tranquilos y hermosos de la región del Cuyo. El Valle de Calingasta queda a 180 kilómetros de la ciudad de San Juan y está custodiado desde siempre por dos guardianes de piedra que parecen estar al acecho del visitante durante cada jornada de viaje: el Cerro Mercedario (6770 metros) y el descomunal Aconcagua (6960 metros).

El centro turístico del valle está en la zona sur, en la apacible localidad de Barreal, un pueblo con calles de tierra que tienen una fila de rectos álamos a cada costado y una refrescante acequia con agua de deshielos. Situado al pie del cordón precordillerano de Ansilta, Barreal dispone de varios complejos de cabañas, hosterías y camping, además de prestadores de servicios turísticos de aventuras (cabalgatas, carrovelismo, rafting y trekkings, entre otras).

SUELO LUNAR A 40 kilómetros del pueblo está la reserva natural El Leoncito –a cargo de la Administración de Parques Nacionales–, el principal atractivo turístico principal que se visita desde Barreal. Allí está, justamente, el "Barreal" –que le da nombre al pueblo–, una reseca planicie de catorce kilómetros de largo por cinco de ancho. En realidad fue el lecho de un lago que se secó hace varios millones de años. El paisaje es extrañísimo, de color blanco radiante, con algo de paisaje lunar. No hay ni un arbusto ni una rama seca; sólo un suelo liso con resquebrajamientos en forma de pentágono que se reproducen con la exactitud matemática de una telaraña.

El Barreal es también una de las mejores pistas de carrovelismo. Un carrovela es un vehículo con dos ruedas traseras de auto, una delantera de motoneta, dos bastidores de acero con fuselaje y un mástil de aluminio, que se mueve por la acción del viento. Los prestadores turísticos de este deporte tienen un carro especial para dos personas. La sensación de ir a toda velocidad por un terreno reseco es como si se navegara con las velas desplegadas por un inverosímil mar de arena, avanzando en largos zigzags con curvas de hasta 200 metros. Si el acompañante no tiene miedo, el conductor puede realizar algunas piruetas como inclinar el carro hacia un lado y levantarlo para que ande en dos ruedas.

UN CENTRO ASTRONOMICO Dentro de la reserva El Leoncito existe un complejo astronómico con dos observatorios telescópicos ubicados estratégicamente –a 2552 metros sobre el nivel del mar–, en una zona que se distingue por tener un cielo diáfano y sin polución durante casi 300 días al año. En la visita a los observatorios, un técnico operador de telescopios explica los trabajos usuales del centro donde en 1984 concluyó un largo proceso de estudio de 970 estrellas. Ahora se está repitiendo el mismo trabajo para comparar –con un margen de 24 años– los cambios y los movimientos de esas estrellas, lo cual permite descubrir estrellas nuevas cuya luz llega a la tierra muchos millones de años después de haber sido emitida. Así, a veces se capta la luz de una estrella que ya se ha apagado.

Un aspecto muy llamativo de la visita es conocer el Programa Asteroide, dedicado a seguir la órbita de estas moles de piedra que flotan por el espacio y poder prever así un choque con la Tierra. Según nos explican, los asteroides más peligrosos son los que miden más de dos kilómetros de largo. Por ejemplo, en el año 2140 un gran asteroide va a pasar muy cerca de la Tierra y ya se prevé que será necesario lanzarle un misil. Pero mucho más "preocupante" resulta ver la secuencia de fotos que demuestra cómo la Vía Láctea y la galaxia Andrómeda se van acercando entre sí de manera peligrosa. Las dos galaxias están

>>>

TRAS LOS PASOS DE SAN MARTIN

Desde Barreal se puede hacer una cabalgata de montaña hasta el Paso General San Martín siguiendo la ruta del Libertador en el histórico viaje a Chile que realizó junto con los generales Soler y O'Higgins. La travesía hasta el límite de los dos países dura siete días a campo traviesa durmiendo en carpa, aunque la mayoría de las veces se lo hace al aire libre. La idea es dormir mirando las estrellas de uno de los cielos más diáfanos del país. Durante el trayecto al pie de la Cordillera de los Andes se cruzan quebradas y arroyos, y todo el tiempo se observa la imponencia del Aconcagua desde distintos ángulos. La fauna aparece bastante seguido en esta región casi deshabitada, en especial las manadas de guanacos y los zorros colorados. En el suelo se encuentran por doquier restos fósiles de cuando esta zona estaba cubierta por el mar. Y en el cielo sorprende la presencia casi constante del cóndor de los Andes, que parece vigilar el avance de la columna de caballos que se dirige al límite con Chile. Esta cabalgata se realiza desde mediados de noviembre hasta fines de marzo. Reservas al 02648-441004 - E-mail: *reservas@fortunaviajes.com.ar* - Sitio web: *www.fortunaviajes.com.ar*



Alamedas y acequias en el tranquilo pueblo de Barreal, centro turístico del Valle de Calingasta.

<<<

irremediablemente condenadas a colisionar dentro de millones de años, provocando un choque infernal de estrellas que iluminará por mucho tiempo el universo. Y también arrasará con todo el sistema solar de un plumazo. Durante la visita al complejo, todo el mundo está ansioso por llegar a la sala del gran telescopio de 40 toneladas cubierto por una cúpula gigante que se abre por las noches para espiar el universo. De todas formas, esto ya no se hace más por una mirilla sino a través de una pantalla de computadora. Los astrónomos son personas noctámbulas por obligación (o quizá por elección), así que durante la visita diurna uno nunca se los cruza porque están durmiendo. Para verlos a ellos, y sobre todo para observar las estrellas, hay que convenir por teléfono una visita nocturna. Al visitante se le ofrece un telescopio Meade de 20 cm, mientras un técnico lo asiste para ubicar en el espacio los astros más interesantes que están en "exposición" en el firmamento esa noche. Además se pueden guardar imágenes para llevar en un disquete. El servicio que se ofrece al turista es sólo para dos personas por noche, con alojamiento y una comida.


Excursiones en camioneta por los caminos del hermoso Valle de Calingasta.

EXCURSION A LOS MORRILLOS A pocos kilómetros de Barreal hay un refugio de altura llamado Los Morrillos, donde se pueden ver vestigios de las diferentes culturas que habitaron el Valle de Calingasta durante 8 mil años. En ese lugar –un área protegida de carácter privado que depende de la Fundación Vida Silvestre– se descubrieron pinturas rupestres, petroglifos, restos de fogones y los restos de 17 momias y párvulos enterrados. Las culturas que habitaron esta zona fueron La Fortuna (6500 a 6000 años a.C.), Los Morrillos (5900 a 2000 a.C.) y Ansilta (1800 a 500 a.C.).

El trayecto hasta el refugio en camioneta 4x4 depara sorpresas como la aparición repentina de grandes manadas de guanacos con su macho centinela al frente. Además suelen verse pequeños grupos de suris, una especie local de ñandú muy pequeño. El recorrido incluye la visita a tres grutas con pinturas rupestres de forma abstracta. Muchos viajeros deciden alojarse en la rústica cabaña de Los Morrillos para dedicarse a explorar la zona a fondo, a lomo de caballo. ✺


Desde el pueblo de Barreal, una cabalgata hacia el paso de Los Patos, siguiendo la ruta del Libertador.

DATOS UTILES

El Leoncito. Informes sobre el complejo astronómico: *www.casleo.gov.ar* - E-mail: *mgrosso@casleo.gov.ar* - Tel.: 0264-421653. El horario de visita es todos los días de 10 a 12 y de 16 a 18 (en temporada alta, el horario es corrido, de 10 a 18). Las visitas nocturnas son de 21 a 24 horas. Información sobre programas nocturnos al tel.: 0264-4213693 - E-mail: *centrohugomira@yahoo.com.ar*

Carrovela. Fortuna Viajes realiza paseos en carrovela en Barreal. Se cobra $ 90 por el alquiler del carro por una tarde, con el piloto incluido (por ese precio lo puede usar todo un grupo familiar). El transporte desde el pueblo de Barreal hasta la pista se cobra $ 30 (el precio incluye hasta cuatro personas). Reservas al 02648-441004 - E-mail: *reservas@fortunaviajes.com.ar* - Sitio web: *www.fortunaviajes.com.ar*

Para visitar el refugio se puede consultar por e-mail a *ansiltasa@infovia.com.ar* - Tel. en Buenos Aires: 4812-1592.

Dónde alojarse. En el Hotel Barreal la habitación doble cuesta $ 20 en temporada baja y $ 40 en alta. E-mail: *hotelbarreal@yahoo.com.ar* - Tel.: 02648-441090.

Más información. Casa de San Juan en Buenos Aires: Sarmiento 1251. Tel.: 4382-9241.

FOTOS: PABLO AHARONIAN
POR MARIA AMALIA GARCIA


Más allá del paisaje y el aire serrano, la Villa de Merlo invita a conocer sus circuitos de arte.

DATOS UTILES

Circuito artesanal de los Comechingones: Taller La Chapanay. Urquiza s/n a 700 metros Ruta 1. Taller Nehuen: Cerro de Oro. Taller alfarería: Cerro de Oro. Taller Charava: Vertientes 2, Rincón Merlo. Taller del Calamaco: Av. de los Césares 2232. El Rincón. Taller Milla: Calles de la Usina y Avenida de los Césares. Taller Viracocha: Rincón del Este junto al hotel El Cóndor. Taller de Juan Carlos Ortega: Ruta 1 Km esquina San Isidro.
Informes: Dirección de Turismo de Merlo, Cnel. Mercau 605. (02656) 475155/ 476621/ 475089. Fax (02656) 476621. E-mail: *sectur@merlo-sl.com.ar - municipio@merlo-sl.com.ar - www.weboficialdemerlo.com.ar*
En Buenos Aires: Turiweb EVT. Monroe 3075 PB 1. Tel.: (011) 4544-8002, (15) 50394296. *info@turiwebviajes.com.ar*

SAN LUIS *Arte en la Villa de Merlo*

Tallas y telares

Un recorrido por los talleres artesanales de la Villa de Merlo, en los que se talla la madera y se urden los hilos para crear obras que ensamblan tradiciones ancestrales con historias recientes. El arte se suma así al apacible microclima y al paisaje del imponente cordón de las Sierras de los Comechingones.

Al nordeste de la provincia de San Luis, a una altura de 800 metros por sobre el nivel del mar y protegida por dos cadenas montañosas, se encuentra la ciudad de Merlo, muy conocida en estos tiempos por su especial microclima, asociado al aire puro de las Sierras de los Comechingones. Originalmente, la región estaba habitada por los indios comechingones y a comienzos del siglo XVIII llegaron los primeros pobladores blancos. En 1750, los jesuitas edificaron la sobria y prístina Capilla de Nuestra Señora del Rosario, que aún puede visitarse y fue declarada Monumento Histórico Nacional. Antes de concluir ese siglo, el marqués de Sobremonte –quien aún no era virrey sino gobernador intendente de Córdoba– ordenó fundar formalmente la Villa de Merlo. Pero fue recién en la década del '30 del siglo pasado cuando Merlo empezó a recibir a los primeros visitantes que llegaban atraídos por su clima y su paisaje, aunque su consagración como destino turístico se produjo en los años '80. El apacible microclima, el imponente cordón de las Sierras de los Comechingones y una arraigada tradición cultural también motivó que diversos artistas se radicaran en Merlo, contribuyendo así a generar en la villa una sensibilidad especial por el arte. **Turismo/12** recorrió el Circuito de los Artesanos de Comechingones y habló con artistas que modelan la madera y urden los hilos para crear obras que rescatan culturas ancestrales e historias recientes.

LA TRAMA DE UNA VIDA

Pasa la lana al tiempo que endereza el tejido. Acomoda el borde y vuelve a pasar la trama. Lana por atrás y por adelante, las entrecruza y el tacto predomina lo visual en un juego que va y viene todo el tiempo. El tejido ancestral caracteriza a Héctor Barreiro, un telero autodidacta que gusta definirse como "laburante". Su trabajo se valoriza a partir de sobrias piezas de reconocimiento internacional, que respetan fielmente los tamaños y la propuesta de antiguos diseños en telares verticales como los utilizados en la América precolombina.

Tiene 52 años y una niña. Conoció Merlo desde muy pequeño y en 1985 llegó con su esposa y se enamoraron del lugar. Compraron una fracción de tierra donde hoy construyen su casa y piensan instalar el taller que soñaron. Desde muy pequeño construía sus juguetes, y en la quinta de sus abuelos jugaba con herramientas de todo tipo que gustaba coleccionar. En los galpones de campo se entretenía con torniquetes de tensar alambrados que luego llevaba a su casa. Aún hoy junta objetos relacionados con el oficio antiguo de los telares. Y muestra sonriendo un juguete artesanal donde un hombre hila lana en una rueca, un gato se divierte con un ovillo y un perro mastica lana.


El tejido ancestral de Héctor Barreiro. Sobrias piezas que rescatan diseños precolombinos.


Las manos de Juan Carlos Ortega van descubriendo formas en los tacos de algarrobo.

Egresado del Conservatorio Nacional, toca flautas antiguas y cromornos del Renacimiento al pie de las sierras ante un nutrido grupo de alumnos. De vuelta en su casa retoma el contacto con el telar, en este caso de tres metros de altura, que arma en la galería con la ayuda de su mujer o algún vecino, en el lugar exacto para recrear un poncho que perteneció a Lucio V. Mansilla.

La elección de los espacios para el tejido varía de acuerdo con el tamaño del trabajo y con la necesidad del artista. Cuando las piezas son chicas como las fajas, prefiere sacar bastidores y ruecas a la vereda para disfrutar de la luz natural y compartir el trabajo con la gente.

La fidelidad a los antiguos colores en la restauración de textiles es otra de las obsesiones de Calamaco. El próximo trabajo será una pieza muy particular de manufactura precolombina tejida de abajo hacia arriba, que se transformará en un textil de cuatro bordes sin costuras ni dobladillo.

Se enterará cómo quedó el diseño cuando termine de tejer la pieza y para él ahí está "parte del sentido de la urdimbre, que es lo desconocido, lo que está en las tinieblas. En tanto lo material es lo concreto".

HISTORIAS DE ALGARROBO

Apasionado por la escultura, Juan Carlos Ortega es una persona cálida a quien gusta contar historias de su pueblo. Su día comienza de madrugada y cuando talla el tiempo es absorbente. "Veo el taco de algarrobo e inmediatamente la obra cobra forma en mi mente." Su amplio taller atesora más de cincuenta piezas que descansan esparcidas entre herramientas, caballetes y chicos que lo visitan para tomar clases. Para el hombre, el vínculo con la madera es lo más importante. Allí cada uno tiene su propuesta. A veces habrá que contemplar modificaciones interiores y reconsiderar formas y movimientos sobre la marcha. El relato dará cuenta del permanente compromiso del artista. "Nunca he tirado una pieza de algarrobo excepto en mis inicios, cuando comencé a tallar", dice.

En su interés por la materia que luego modelará, ha llegado a comprar ranchos semiderrumbados para rescatar dinteles. Está seguro de que a mayor cantidad de años, mejor estará la madera, que poco a poco irá tomando la forma. De su vasta obra, *América mía* es una de las de mayor simbolismo, que testimonia la resistencia a la privatización de YPF y las perforaciones de las empresas petroleras en el sur.

A Juan Carlos Ortega lo inspiran el cielo y la tierra. Cuenta con el privilegio de tener el Valle del Conlara y la Sierra Chica de San Luis a sus pies. Disfruta de un lugar donde el sol se pone con nubes rojas que sugieren infinitos dibujos. Y la inspiración es irrepetible porque todos los días del año habrá algo distinto para ver. Y siempre será así

POR JULIA LUZAN *

Los iris despliegan sus tonos amarillos, las petunias y anémonas se mezclan en una cascada de rosas intensos; gencianas, narcisos y margaritas puntean con su colorido los arriates verdes. Dalias, capuchinas y glicinas azules crecen en un recinto espectacular por el que se pierden los visitantes en un otoño todavía caluroso. El jardín de la casa de Giverny, en Francia, donde el pintor Claude Monet (1840-1926) vivió más de cuarenta años, es su cuadro más bello y el mejor conservado, que cambia de colorido con las estaciones, como él deseaba. "No hago más que mirar lo que me enseña el universo y mostrarlo a través de mi pincel", decía a quien le señalaba su desmedida afición a la jardinería. (...) Los jardines son los protagonistas de la mayoría de sus cuadros. En 1860, los de su casa en Sèvres; en 1870, los de los pequeños pueblos al lado del Sena, Argenteuil y Vétheuil, donde residió, y ya en 1890, en los últimos años de su vida, los de su casa de Giverny, su paraíso encontrado.

Giverny, en Normandía, a orillas del río Epte. Un pueblo que no alcanzaba los trescientos habitantes, reunía lo que Monet buscaba: agua y campo. La finca, de 9600 metros cuadrados, poseía una casa de dos pisos lo suficientemente grande para albergar a toda su extensa familia. "Una vivienda de pequeños burgueses", dice hoy mientras la muestra a un reducido grupo de visitantes una de sus descendientes, Claire Toulgouat. Una casa pensada para así "alejarse del ruido", y muy moderna en cuanto al colorido que Monet eligió para pintar las paredes: azul, malva, verde lima y amarillo, tonos pensados a fin de que la luz se reflejara a todas horas del día en el interior. Las ventanas, verdes y siempre abiertas a la naturaleza, "su segundo salón". Hoy, dos grandes árboles, unos tejos centenarios, flanquean la salida hacia el jardín en un arco de verdor que cambia con las estaciones.

Por la casa de Giverny, abierta por la Fundación Monet al público de abril a octubre, pasan al año una media de 450.000 visitantes. El pueblo se conserva tal y como el pintor lo conoció, y allí, en el pequeño cementerio contiguo a la iglesia del pueblo, reposan sus restos y los de su familia.



Luz, agua y color desde la mirada impresionista. Las pinceladas claras, enérgicas, transforman las figuras en manchas.

FRANCIA *Un artista del impresionismo*

El jardinero Monet

El pintor impresionista Claude Monet creó en su casa de Giverny, en Normandía, un jardín espectacular con centenares de flores, nenúfares y árboles que reflejó en sus cuadros. Por esa casa, abierta por la Fundación Monet al público de abril a octubre, pasa al año un promedio de 450.000 visitantes.

EL OJO IMPRESIONISTA La amistad de un adolescente Monet con el pintor Eugène Boudin fue clave para su dedicación posterior a la pintura y a los jardines. Boudin pintaba siempre al aire libre, en una época en que todos los artistas plasmaban en sus estudios lo que habían visto antes en el exterior. "Poco a poco –escribió Monet–, se fueron abriendo mis ojos, comprendía realmente la naturaleza y, al mismo tiempo, empecé a amarla." En 1866 pinta el jardín de la casa familiar en Sainte-Adresse, en Normandía. Los jardines en flor le atraen por su colorido, el estallido de las plantas y su iluminación. Pinta sombras en color y reproduce las flores con absoluta libertad.

Con sus amigos pintores Sisley, Berthe Morisot, Renoir, Pissarro, o músicos como Bizet, Monet acude los domingos desde París hasta la cercana isla de los impresionistas, un brazo del Sena a pocos kilómetros de la capital francesa, donde Renoir pintó alguno de sus cuadros más célebres (como *Le déjeuner des canotiers*, en 1881). Las orillas del río eran una fiesta exuberante de verdor y un espacio de libertad donde los bohemios pintores se encontraban a sus anchas entre los canotiers, los barqueros del Sena, lo más opuesto a los burgueses parisienses. (...)

El color es sólo un añadido, afirmaban los pintores clásicos, pero para los impresionistas el color es el rey del cuadro. Cuando Monet pinta en 1873 el amanecer en el puerto de El Havre, con un sol rojo que se eleva provocando reflejos rojizos en el agua, lo titula *Impresión, salida de sol*. El cuadro, hoy en el Museo Marmottan de París, es un estandarte, un símbolo del nuevo movimiento artístico que entronizaba la impresión al percibir un paisaje, un motivo, durante breves instantes. "Era solamente un ojo, pero qué ojo", decía Cézanne de Monet. Un ojo que supo reproducir lo instantáneo. Cuando Monet pinta el Sena, intenta reflejar los contrastes de su superficie. La luz lo obsesiona. Es el inicio de su paso a la pintura abstracta que años más tarde, en sus series de los Nenúfares, será la apoteosis de la radical disolución de los objetos. Luz, flores y agua son los temas de todos sus óleos. (...)

NENUFARES EN EL JARDIN
Y por fin Giverny. Su lugar mágico. El territorio que encontró el pintor por azar en 1883. Aquí pasó Monet la segunda mitad de su vida, sus cuarenta y tres años más productivos artísticamente. "Estoy encantado. Giverny es un paisaje espléndido", le dijo Monet a su amigo el crítico Théodore Duret. "La casa es extraordinaria. Es magnífica, pero no hay nada que pintar", escribió el pintor a Alice Hoschedé. El se encargó de transformarla. Con ayuda del jardinero Félix Breuil puso manos a la obra. Monet inventó un paraíso de plantas, concibió un espacio pictórico. Distribuyó plantas en colorido monocromo, yuxtapuestas según la tonalidad. Su criterio no era otro que plantar por armonías, con el ojo puesto de antemano en el lienzo. Según la floración, en unas épocas su jardín era azul; en otras, malva; en otras, rosa. Logró un jardín en desnivel, con las plantas trabajadas en diferentes alturas. Era tal su pasión por su jardín que cuando se iba de viaje solía escribir a sus hijos para preguntar cómo estaban sus flores. El jardín de Giverny cambia poco a poco y la fachada de la casa se cubre de plantas trepadoras y rosas.

Giverny conserva todavía hoy la biblioteca tal y como la dejó el pintor, llena de libros de botánica. En las paredes, las láminas japonesas que tanto lo sedujeron. En su taller, la mesa, el caballete, el sofá y la chaise-longue. Jamás echaba las cortinas de las ventanas, y la colina que se divisa enfrente de la casa era su barómetro particular para adivinar el tiempo "como un auténtico campesino", señala madame Toulgouat. Observaba a lo lejos la columna de humo de los trenes a Vernon, la población más cercana a Giverny, que le permitía viajar todas las semanas a París, donde acudía al teatro, visitaba exposiciones y comía en los mejores restaurantes. Monet era un excelente gourmet, y muchas de sus recetas son ya platos clásicos de la cocina francesa, como la tarta Tatin –bautizada así en honor de sus amigas, las hermanas Tatin–, que el pintor reelaboró añadiendo a las manzanas reinetas el toque de la crema pastelera.

Con los años va fundiéndose con su jardín. Forma parte de su vida, de su pintura. Pero Monet no es un pintor de flores. Es un pintor de impresiones, de efectos. "Sus jardines son reflectores de luz", señala Christopher Becker, director del Kunsthaus de Zurich y responsable de la exposición "Los jardines de Monet", con la que pretende profundizar en las diferentes interpretaciones de los paisajes pintados por Monet. "Con ellos –añade–, Monet inventa los signos del arte moderno." Una metamorfosis del color, de la luminosidad. (...)

El final del siglo XIX es la etapa en la que Monet inicia sus paisajes reflejo y las repeticiones de nenúfares en medio de islas de hojas. Acerca los motivos en primeros planos y descompone el color en miles de matices, un color aplicado como velo o en motas, rayas, manchas... Monet elabora ya fantasías pictóricas. El impresionista se convierte en simbolista. Pronto su visión se ve alterada por las cataratas. Su pintura se deforma. Pintores como Pollock, Rothko y la escuela norteamericana del impresionismo abstracto se inspirarán muchos años después en los últimos cuadros de nenúfares de Monet, sus cuadros más amados.

Los últimos años de su vida, un Monet casi ciego pinta una y otra vez las formas mágicas de unos nenúfares que su jardinero cuida con devoción. Cerca de 250 telas, paisajes de agua y de reflejos que se han convertido en una obsesión. El 5 de diciembre de 1926, Claude Monet muere en su amada casa de Giverny. Años atrás había expresado el deseo de que a su muerte su cuerpo fuera arrojado al mar. No se cumplió. El cementerio de Giverny guarda sus restos junto a los de Alice Hoschedé y sus hijos.

** El País Semanal*